C

on ocasión del día del maestro en Colombia, que recuerda cuando el papa Pío XII proclamó a san Juan Bautista de La Salle como «patrono universal de todos los educadores», conviene subrayar algunos rasgos que hemos podido observar a través de casi 45 años de enseñanza.

Siempre nos han impresionado los maestros con don de gentes, que miran a los ojos, que sonríen cuando nos miran, que dan la mano de manera afectuosa, que siempre están bien vestidos (esto no significa que usen ropa de marca o hecha a la medida), que hablan con reposo, que se refieren siempre al mundo familiar al que pertenecemos, que nos recuerdan aun cuando no se sepan nuestros nombres y que están dispuestos, años después de haberlos conocido, a pasar un tiempo con nosotros.

Siempre nos han impresionado los profesores con ánimo, con energía, con interés de enseñar, que, por lo mismo, siempre están estudiando. Cada periodo ellos vuelven sobre sus programas, ajustan los contenidos y la bibliografía. Están pendientes de lo que pasa tanto en el plano de la investigación como en el de la vida. Mantienen todo dentro de un gran contexto. Aprendieron a partir de la complejidad y son, ellos mismos, transdisciplinarios. Responden en clase y fuera de ella, oralmente o por correo, las diversas preguntas de sus estudiantes. Les interesa la crítica de estos. Tanto desde la perspectiva de formar para el pensamiento crítico, como poniendo cuidado a lo que opinan sobre las asignaturas. No están interesados en ser calificados como los mejores, sino en formar lo más posible a sus alumnos. No buscan que los estudiantes piensen como ellos. Enseñan lo que piensan unos y otros e impulsan a que cada uno tome una posición, que bien pudiera ser una nueva. Siempre tienen presente la historia (con su geografía) y persiguen el origen y evolución de los conceptos. Distinguen claramente entre el plano intelectual y el físico. Saben que hay que saber para hacer y que, en cambio, el que hace no siempre sabe, solo repite, imita, obra como una máquina o computador que tiene una serie de instrucciones para seguir. No quieren llegar a ser, ni pretenden ya ser, los que más saben. Tienen claro que también se puede aprender de los estudiantes, de mil maneras, algunas insospechadas.

Como nos enseñó Gabino Pinzón, un profesor no es más que el estudiante mayor. No se trata de edad, sino de los años de estudio. Esta actitud hace una gran diferencia. Nunca se ha conocido totalmente algo. Siempre hay más fuentes por consultar, más opiniones por oír, otras formas de considerar las cosas. El verdadero maestro considera la persona el centro de la creación. Nunca el dinero. Hay quienes enseñan para hacer más plata, para que sus alumnos se distingan por su capital, por sus empresas, por los empleos que generan, por su importancia para la comunidad en términos de su capacidad para proveerlos de bienes o servicios. Otros tratamos de enseñar a vivir. Lo importante es la dignidad, el respeto por los demás, la búsqueda del bien común, la solidaridad y la subsidiariedad.

*Hernando Bermúdez Gómez*